

CAPITULO VII.

ASISTENCIA A LA ACADEMIA.

Llevaba ya pasados algunos dias en Atenas, y en este tiempo habia recorrido rápidamente las curiosidades que encierra. Hallándome ya mas tranquilo, mi huésped Apolodoro me propuso volver á la academia.

Atravesamos un cuartel de la ciudad, que se llama Cerámico, ó las Tejeras ó Tullerías; y desde allí, saliendo por la puerta Dipila, nos hallamos en los campos que se llaman tambien Cerámicos, donde vimos muchos sepulcros al

lado del camino; porque no se permite enterrar á nadie en la ciudad. La mayor parte de los ciudadanos tienen sus supulturas en sus casas de campo, ó en los sitios que les están demarcados fuera de los muros. El campo Cerámico está reservado para los que mueren en combate. Entre estos sepulcros se notan los de Pericles y de algunos otros atenienses que no murieron con las armas en la mano; pero despues de su muerte les han decretado honores señalados.

La academia dista de la ciudad solos seis estadios *. Era antes un solar que pertenecia á un ciudadano de Atenas llamado Academo; y ahora se ve allí un gimnasio y un jardin cerrado, adornado con paseos cubiertos y deleitosos, hermoso con las aguas que corren á la sombra de los plátanos y de otras muchas especies de árboles. A la entrada está el altar del Amor y la estatua de este dios: en lo interior se hallan altares de otras muchas deidades. No lejos de allí ha fijado Platon su residencia, cerca de un templo pequeño, que ha consagrado á las musas, y en una porcion de terreno que es suyo propio; de donde viene á la academia todos los dias. Nosotros le hallamos allí en medio de sus discipulos, y yo me sentí penetrado del respeto que inspira su presencia.

* Un cuarto de legua.

Aunque ya tenia unos sesenta y ocho años, conservaba todavía cierta viveza en el rostro. Debió á la naturaleza un cuerpo robusto: sus largos viages le debilitaron la salud; pero la habia recuperado por medio de un régimen austero, y no le quedaba otra incomodidad que cierta melancolía habitual, al modo que la tuvieron Sócrates, Empédocles y otros hombres ilustres.

Las facciones de su semblante eran regulares, su aire serio, sus ojos llenos de agrado, la frente espaciosa y sin pelo, el pecho ancho, cargado de espaldas, mucho decoro en sus maneras, mucha dignidad en el andar, y modestia en el exterior.

Me recibió con tanta política como sencillez; y me hizo tal elogio del filósofo Anacarsis, de quien yo descendo, que me avergoncé de tener el mismo nombre. Hablaba pausadamente, mas parecia que las gracias y la persuasión manaban de sus labios. Como le conocí en adelante mas particularmente, se verá á menudo su nombre en mi relación: voy ahora á añadir algunas particularidades que me enseñó entonces Apolodoro.

La madre de Platon, me decia aquel, era de la misma familia que nuestro legislador Solon; y su padre atribuia su origen á Codro, el último de nuestros reyes, que murió setecientos

años hace. La pintura, la música, y los diversos ejercicios del gimnasio, ocuparon todos los momentos de su juventud. Como habia nacido con una imaginacion fuerte y fecunda, compuso ditirambos, se ejercitó en el género épico, comparó sus versos con los de Homero, y los quemó*. Creyendo luego que el teatro le recompensaria este sacrificio, compuso algunas tragedias; y mientras se disponian los actores para representarlas, conoció á Sócrates, recogió sus piezas y se consagró enteramente á la filosofia.

Entonces experimentó una necesidad violenta de ser útil á los hombres. La guerra del Peloponésico habia destruido los buenos principios, y corrompido las costumbres. La gloria de restaurar estas y aquellos, despertó su ambicion. Atormentado dia y noche de esta grande idea, esperaba con impaciencia el momento en que, revestido de la magistratura, se viese en estado de desplegar su celo y sus talentos; pero las convulsiones que sufrió la república en los últimos años de la guerra; las frecuentes revoluciones que en poco tiempo presentaron la tiranía bajo formas cada vez mas espantosas; la

* Al echarlos al fuego trobó aquellos versos de Homero que dicen: « Ven Vulcano: Tetis ha menester tu auxilio. » HOMER., *Iliad.* XVIII, v. 592. Platon dijo: « Ven Vulcano: Platon ha menester tu auxilio. » EUSTATH., t. II, p. 1149. DIOG. LAERT., lib. III, § 4 y 5.

muerte de Sócrates, su maestro y amigo; las reflexiones que tantos sucesos le hicieron formar, le convencieron luego de que todos los gobiernos se ven invadidos por enfermedades incurables; que los asuntos de los mortales son, por decirlo así, desesperados, y que no serán felices sino cuando la filosofía se encargue del cuidado de guiarlos. Así es, que abandonando su proyecto, se determinó aumentar sus conocimientos, y á consagrarlos á nuestra instruccion; con cuyo objeto fué á Megara, Italia, Cirene y Egipto, y donde quiera que el espíritu humano habia hecho progresos.

Tenia cerca de cuarenta años cuando, para ver el Etna, hizo el viage á Sicilia. Dionisio, tirano de Siracusa, quiso hablar con él. La conversacion recayó sobre la felicidad, sobre la justicia y sobre la verdadera grandeza. Habiendo Platon sostenido que no habia cosa mas cobarde é infeliz que un príncipe injusto, irritado Dionisio le dijo: « tú hablas como un delirante.—Y « tú como un tirano, » respondió Platon. Faltó poco para que esta respuesta le costase la vida. Dionisio no le permitió embarcarse en una galera que volvia á Grecia, sino despues de haber exigido del comandante que le arrojaría al mar, ó le vendería como esclavo. Fué vendido, rescatado y traído á su patria. Algun tiempo despues el rey de Siracusa, incapaz de remordimientos,

pero deseoso de la estimacion de los Griegos, le escribió; y habiéndole suplicado que en sus discursos no le tratase mal, no recibió mas que esta respuesta de desprecio: « no tengo tiempo « para acordarme de Dionisio. »

A su regreso se formó Platon un plan de vida de que no se ha separado. Ha continuado en no mezclarse en los asuntos públicos, porque, segun sus principios, ni la persuasion ni la fuerza pueden conducirnos al bien; pero ha recogido las luces derramadas en los diversos países que recorrió; y conciliando en lo posible las opiniones de los filósofos que le habian precedido, compuso un sistema que explica en sus escritos y conferencias. Sus obras están en forma de diálogo: el principal interlocutor es Sócrates, y se dice que con este nombre autoriza las ideas que él ha concebido ó adoptado.

Su mérito le ha suscitado enemigos; pero tambien él se los ha formado vertiendo en sus escritos cierta ironía picante contra muchos autores célebres. Verdad es que la pone en boca de Sócrates; mas la destreza con que la maneja, y varios rasgos que se pudieran citar suyos, prueban que á lo menos en su juventud tenia bastante inclinacion á la sátira. Sin embargo, sus enemigos no turban el sosiego que mantienen en su corazon sus sucesos ó sus virtudes. Efectivamente Platon tiene virtudes, unas recibidas

de la naturaleza, y otras adquiridas con sus esfuerzos. Nació colérico: ahora es el mas afable y paciente de los hombres. A mi parecer el amor de la gloria ó de la celebridad es su principal, ó mas bien su única pasión. Soy de sentir que experimenta en sí aquellos zelos, de que él mismo es continuo objeto. Mal contentadizo y reservado con los que siguen la misma carrera que él; franco y condescendiente con los que dirige él mismo, ha vivido siempre con reserva ó enemistad con los demas discipulos de Sócrates; con sus propios discipulos en confianza y familiaridad, atento siempre á sus progresos, como á sus necesidades, dirigiendo sin debilidad y sin acrimonia sus inclinaciones hácia objetos honestos, y corrigiéndolos mas bien con su ejemplo que con sus lecciones.

Los discipulos por su parte llevan el respeto hasta el homenaje, y la admiracion hasta el fanatismo. Llegareis á ver algunos que afectan andar cargados de espaldas, por parecerse á él en algo: al modo que en Etiopia, cuando el soberano tiene algun defecto corporal, los cortesanos toman el partido de estropearse, para parecerse á él. Estos son los rasgos principales de su vida y caracter. Mas adelante estareis en disposicion de juzgar de su doctrina, de su elocuencia y de sus errores.

Cuando concluyó Apolodoro, advirtió que yo

miraba atentamente á una muy agraciada muger que se habia mezclado entre los discipulos de Platon. Esa, me dijo, se llama Lastenia, y es una cortesana de Mantinea en la Arcadia. El amor de la filosofia la ha traído aquí; y se sospecha que la detiene el amor de Espeusipo, sobrino de Platon, que está sentado junto á ella. Al mismo tiempo me hizo reparar en una jovencita de Arcadia, que se llamaba Axiotea, la que habiendo leído un diálogo de Platon, lo habia dejado todo, hasta los vestidos de su sexo, para venir á oír las lecciones de este filósofo. Me citó ademas otras mugeres, que disfrazadas del mismo modo habian dado el mismo ejemplo.

Despues le pregunté: ¿quién es aquel joven flaco y seco que veo junto á Platon; que tartamudea, y tiene los ojos chicos y centelleantes? Ese es, respondió, Aristóteles de Estagira, hijo de Nicómaco, médico y amigo de Amintas, rey de Macedonia. Nicómaco dejó haberes muy considerables á su hijo, que hace cinco años vino á establecerse aquí. Podia tener entonces diez y siete ó diez y ocho años. No conozco ninguno que tenga tanto entendimiento y aplicacion. Platon le distingue entre todos los discipulos, y no le reprende sino de ser muy acicalado en el vestir.

Aquel que veis cerca de Aristóteles, continuó Apolodoro, es Xenócrates de Calcedonia. Es un espíritu parado y sin amenidad. Platon le exhorta

muchas veces á que sacrifique á las Gracias; y de él y de Aristóteles dice, que uno necesita freno, y otro espuela. Un día vinieron á decir á Platon que Xenócrates habia hablado mal de él. « No lo creo, respondió. » Insistieron en ello, y él no cedió. Se le ofrecieron pruebas. « No; replicó Platon: es imposible que no me ame á aquel á quien yo amo tan tiernamente. »

¿Cómo llamas, dije yo, al otro joven que parece ser de una salud tan delicada, y mueve los hombros de cuando en cuando? Ese es Demóstenes, me dijo Apolodoro. Nació de padres honrados. Su padre, que murió cuando él tenia siete años, ocupaba un gran número de esclavos en fabricar espadas, y en hacer muebles de diferentes géneros. Acaba de ganar un pleito contra sus tutores que querian usurparle una parte de sus bienes: él mismo ha defendido su causa, aunque apenas tiene diez y siete años. Sus compañeros, envidiosos sin duda del suceso, le llaman ahora *culebra*, y le prodigan otros epítetos deshonorosos, á que parece se hace acreedor por la dureza que tiene su caracter. Quiere dedicarse al foro, y con este fin acude mas bien á la escuela de Iseo que á la de Isócrates; porque a elocuencia del primero le parece mas nerviosa que la del segundo. La naturaleza le ha dado voz debil, una respiracion fatigosa y una pronunciacion desagradable; pero tambien le

ha dotado de uno de aquellos caracteres firmes que se obstinan contra los obstáculos. Si viene aquí, es para aprender á un mismo tiempo los principios de la filosofía y las lecciones de elocuencia.

El mismo motivo trae á los tres discípulos que veis cerca de Demóstenes. El uno se llama Esquines, que es aquel joven tan robusto. Nacido en una condicion oscura, se ejercitó en su infancia en funciones muy viles; y como su voz es hermosa y sonora, le hicieron despues salir al teatro, donde á pesar de todo no hizo mas que papeles subalternos. Tiene gracias ingeniosas, y cultiva la poesia con algun fruto. El segundo se llama Hipérides, y el tercero Licurgo. Este último es de una de las mas antiguas familias de la república.

Todos cuantos acababa de nombrarme Apolodoro, se han distinguido en adelante, unos por su elocuencia, otros por su conducta, y casi todos por su odio constante á la esclavitud. Tambien ví allí muchos extrangeros que oian con ansia las lecciones de Platon sobre la justicia y la libertad; pero luego que volvieron á su patria, y despues de haber dado muestras de virtudes, quisieron esclavizarla, ó la esclavizaron en efecto: tiranos tanto mas peligrosos, quanto fueron educados en el odio de la tiranía.

Platon leia algunas veces sus obras á sus dis-

cípulos: otras les proponia una cuestion; les daba tiempo para meditarla, y los acostumbraba á definir exactamente las ideas que ligaban á las palabras. Comunmente daba sus lecciones en los paseos de la academia; porque miraba el paseo como mas util á la salud, que los ejercicios violentos del gimnasio. Sus antiguos discípulos, sus amigos, sus mismos enemigos, venian muchas veces á oirle, y otros iban atraídos por la hermosura del sitio.

Ví llegar allí un hombre como de unos cuarenta y cinco años, el cual venia sin zapatos, ni túnica, con una barba larga, un palo en la mano, una alforja al hombro, y un capote ó manto, bajo el cual tenia un gallo vivo y pelado, el que echó en medio del concurso, diciendo: « ved ahí el hombre de Platon. » Y luego desapareció. Platon se sonrió: sus discípulos murmuraron. Apolodoro me dijo: Platon habia dado la definicion del hombre, diciendo que era un animal de dos pies y sin plumas: Diógenes ha querido dar á entender que su definicion no es exacta. El desconocido, le dije yo, me ha parecido uno de aquellos mendigos importunos, que se hallan solamente entre las naciones ricas y civilizadas. En efecto mendiga algunas veces, me respondió, mas no siempre por necesidad. Como me veia suspenso, me dijo: vamos á sentarnos bajo este plátano, y os contaré

su historia en pocas palabras, dándoos tambien á conocer algunos atenienses célebres que veo en las calles de árboles inmediatas. Nos sentamos en frente de una torre, que tiene el nombre de Timon el misántropo, y de una colina cubierta de verdor y de casas, que se llama Colona.

Por el tiempo en que Platon abria su escuela en la academia, continuó Apolodoro, Antistenes, otro discípulo de Sócrates, estableció la suya sobre una colina situada al otro lado de la ciudad. Este filósofo intentaba en su juventud adornarse con las exterioridades de una virtud severa; mas no se ocultaron á Sócrates sus intenciones. Un dia le dijo: « Antistenes, yo descubro « vuestra vanidad por los agujeros de vuestro « manto. » Instruido por su maestro en que la felicidad consiste en la virtud, hizo consistir la virtud en el desprecio de las riquezas y del deleite, y para acreditar sus máximas, se dejó ver en público con un palo en la mano, una alforja al hombro, como uno de aquellos miserables que se presentan á los pasajeros. La singularidad de este espectáculo le atrajo discípulos, que su elocuencia mantuvo algun tiempo cerca de sí; pero las austeridades que les prescribia, los fueron alejando poco á poco; y esta desercion le desagradó tanto, que cerró su escuela.

Diógenes se dejó ver por entonces en esta

ciudad. Habia sido desterrado de Sinope, su patria, con su padre acusado de monedero falso. Despues de una resistencia tenaz, le comunicó Antistenes sus principios, y no tardó Diógenes en aprenderlos. Antistenes queria corregir las pasiones: Diógenes quiso destruirlas. Segun él, para ser feliz, el sabio debía hacerse independiente de la fortuna, de los hombres y de sí mismo: de la fortuna haciendo frente á sus favores y á sus caprichos; de los hombres sacudiendo el yugo de las preocupaciones, de los usos y de algunas leyes, cuando estas no son conformes á sus luces; de sí mismo trabajando en endurecer su cuerpo contra los rigores de las estaciones, y su alma contra los atractivos del placer. Decia algunas veces: «yo soy pobre, errante, sin patria, sin asilo, obligado á vivir para el dia; «mas yo opongo el valor á la fortuna, la naturaleza á las leyes, la razon á las pasiones.»

De estos principios, cuyas diferentes consecuencias pueden conducir ó á la mas alta perfeccion ó á los mayores desórdenes*, resulta el desprecio de las riquezas, de los honores, de la gloria, de la distincion de condiciones, de la decencia social, de las artes, de las ciencias y de todas las comodidades de la vida. El hombre,

* Antistenes y Diógenes han sido los fundadores de la escuela de los cínicos, y de esta ha salido la de los estoicos.

cuyo modelo se forjó Diógenes, al que busca algunas veces con la linterna en la mano; este hombre extranjero á quanto le rodea, inaccesible á lo que lisonjea sus sentidos, que se llama ciudadano del universo, sin saber serlo de su patria; este hombre seria tan infeliz como inutil en las sociedades civilizadas, y no ha existido antes de nacer Diógenes. Creyó este ver un ensayo en los Esparciatas. «No he visto, dice, «hombres en ninguna parte; pero he visto niños «en Lacedemonia.»

Para delinear en sí mismo el hombre, cuya idea habia concebido, se ha sujetado á las pruebas mas duras, y ha sacudido toda sujecion. Le vereis luchar con el hambre, apaciguarla con alimentos groseros, contrariarla en los convites donde reina la abundancia, extender alguna vez su mano á los pasajeros, encerrarse por la noche en una cuba, exponerse á las intemperies del aire en el pórtico de un templo, revolcarse en la abrasadora arena en estío, caminar con los pies descalzos sobre la nieve en invierno, satisfacer á todas sus necesidades en público, y en los lugares frecuentados por el populacho, afrontar y sufrir con valor el ridiculo, el insulto y la injusticia, oponerse á los usos establecidos hasta en las cosas mas indiferentes, y dar cada dia escenas que, excitando el desprecio de los hombres sensatos, dejan ver demasiado los mo-

tivos secretos que le animan. Un día le vi yo abrazar medio desnudo una estatua de bronce, habiendo una helada grande. Preguntóle un lacedemonio si sufría. — No; respondió el filósofo. — ¿Pues qué mérito teneis, replicó el lacedemonio?

Diógenes es de entendimiento profundo, de alma firme y caracter festivo. Expone sus principios con tanta claridad, los explica con tanta fuerza, que ha habido extrangeros que habiéndole oído, han abandonado al punto todo por seguirle. Como se cree llamado para reformar los hombres, no tiene con ellos ninguna condescendencia. Su sistema le lleva á declamar contra los vicios y abusos; su caracter á perseguir sin piedad á los que los perpetuan. A cada paso lanza contra ellos los dardos de la sátira, y los de la ironía mil veces mas temibles. La libertad que reina en sus discursos, le hace amable al pueblo. Recibenle en las tertulias, cuyas molestias modera con chistes repentinos, algunas veces bien dichos, y siempre continuos, porque nada le detiene. Los jóvenes le buscan para contender en chistes con él, y se vengan de su superioridad con ultrajes, que sufre con una tranquilidad que los humilla. Muchas veces le he oído reprenderles expresiones y acciones poco conformes al pudor; y no creo que se haya abandonado á los excesos, de que le

acusan sus enemigos. Su indecencia toca mas á los modales, que á las costumbres. Los grandes talentos, las grandes virtudes y los grandes esfuerzos no harán mas que un hombre singular; y yo suscribiré siempre al juicio de Platon que ha dicho de él: «este es Sócrates delirando.»

A este tiempo vimos pasar por cerca de nosotros un hombre que se paseaba muy despacio. Parecia como de cuarenta años, de aspecto triste é inquieto, la mano en su manto. Aunque su exterior era muy sencillo, Apolodoro se levantó con prisa, se acercó á él con cierto respeto mezclado de admiracion y cariño; y volviéndose á sentar cerca de mí, me dijo: este es Focion, y este nombre debe excitar siempre en vuestra alma la idea de la misma probidad. Su nacimiento es oscuro; pero su alma es infinitamente elevada. Asistió á la academia desde muy temprano, y en ella bebió los principios sublimes que despues han dirigido su conducta; principios grabados en su corazon, y tan invariables como la justicia y verdad de donde manan.

Cuando salió de la academia militó bajo el mando de Cabrias, cuya impetuosidad moderaba, y que le debió en gran parte la victoria de Naxos. En otras ocasiones ha manifestado talentos militares. Durante la paz cultiva una tierrecilla que apenas bastaria para satisfacer las ne-

cesidades del hombre mas moderado en sus deseos; pero proporciona á Focion un superfluo con que alivia las necesidades de otros. En ella vive con una esposa digna de su amor, porque lo es de su estimacion: vive allí contento con su suerte, sin tener su pobreza por deshonra ni hacer vanidad de ella, sin solicitar los empleos, y aceptándolos para cumplir con sus obligaciones.

Nunca le vereis ni reír ni llorar, aunque sea feliz y sensible; y es porque su alma es superior á la alegría y al dolor. No os espante la nube sombría que al parecer encubre sus ojos: Focion es afable, humano, indulgente con nuestras flaquezas: no es duro y amargo mas que para los que corrompen las costumbres con sus ejemplos, ó pierden el Estado con sus consejos.

Me he alegrado mucho de que la casualidad haya reunido ante vuestros ojos á Diógenes y á Focion. Comparándolos, hallareis que el primero no hace un sacrificio á la filosofía, sino llevándolo al extremo, y advirtiéndolo al público, mientras el segundo ni manifiesta, ni oculta, ni exagera ninguna de sus virtudes. Mas añadiré, diciendo que á la primera mirada se puede juzgar cual de estos dos hombres es el filósofo verdadero. El manto de Focion es tan basto como el de Diógenes; pero el de Diógenes está roto, y el de Focion no.

Tras de Focion venian dos atenienses, notable

el uno por su estatura magestuosa, y su fisonomía respetable. Apolodoro me dijo: ese es hijo de un zapatero, y yerno de Cotis, rey de Tracia: se llama Ificrates: el otro es hijo de Conon, que fué uno de los mayores hombres del siglo, y se llama Timoteo.

Los dos, al frente de los ejércitos, han mantenido por muchos años la gloria de la república: los dos han sabido reunir los conocimientos á los talentos, las reflexiones á la experiencia, la destreza al valor. Ificrates sobresale principalmente en la exacta disciplina que ha introducido en nuestra tropa; en la prudencia que dirige sus acciones; en una desconfianza escrupulosa que le tenia siempre en vela contra el enemigo. Debió mucho á su reputacion; y así es que marchando contra los bárbaros decia: «no temo «mas sino que no hayan oido hablar de Ifi-
«crates.»

Timoteo es mas activo, mas paciente, acaso menos diestro en formar proyectos; pero mas firme y constante en ejecutarlos. Sus enemigos, por no reconocer su mérito, le tachaban de dichoso. Hiciéronle pintar dormido en una tienda, á la fortuna cerniéndose sobre su cabeza, y juntando al rededor de él las ciudades cogidas en una red. Vió Timoteo la pintura, y dijo graciosamente: ¡pues qué no haria si estuviera despierto!

Ificrates ha hecho mudanzas útiles en la infantería; Timoteo ha enriquecido muchas veces con los despojos de los enemigos el tesoro público ya exhausto; bien que al mismo tiempo se ha enriquecido él tambien. El primero ha restituido soberanos á sus tronos: el segundo ha obligado á los Lacedemonios á cedernos el imperio del mar. Los dos son elocuentes oradores: la elocuencia de Ificrates es campanuda é hinchada: la de Timoteo es mas sencilla y mas persuasiva. Les hemos levantado estatuas y acaso los desterraremos algun dia.



CAPITULO VIII.

LICEO. GIMNASIOS. ISOCRATES. PALESTRAS. FUNERALES DE
LOS ATENIENSES.

Otro dia, al tiempo que Apolodoro entraba en mi casa á proponerme el ir á pasear al liceo, corri á recibirle exclamando: ¿le conoceis? — ¿A quién? — A Isócrates. Acabo de leer un discurso suyo, que me ha encantado. ¿Vive todavía? ¿Dónde está? ¿Qué hace? — Aquí está, respondió Apolodoro: enseña retórica. Es un hombre célebre, á quien conozco. — Pues yo quiero verle, dije, hoy mismo, esta mañana,